

guntado al centinela, le respondió este que aquel muchacho le habia suplicado entregar un paquete á la dama loca, pero que no habia querido encargarse de una comision opuesta á las órdenes que le habian dado. Habiendo satisfecho Varney su curiosidad en esta parte, se acercó á su amo, y le oyó decir: Bien, hijo mio, este paquete será entregado con puntualidad.

— Lo agradeceré mucho, mi buen señor, dijo el muchacho, y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Leicester y Varney volviéron á la habitacion del conde á toda prisa, siguiendo el mismo tránsito por donde habian venido.



CAPITULO XXXVIII.

Es, como he dicho á vm., un adulterio,
Y vm. conoce al seductor infame.

Cuento de invierno.

APÉNAS habia llegado el conde á su gabinete, cuando se puso á escribir, hablando ya con Varney, y ya consigo mismo: « Hay » muchos cuyo destino está enlazado con » el mio, y principalmente los que ocupan » los primeros empleos: hay muchos entre » ellos que, si se acuerdan de mis beneficios, y de los peligros á que quedarian » espuestos, no me dejarán perecer sin so- » correrme. Veamos: Knolle es seguro, y » por su influjo Guernsey y Jersey. Lorsey » es gobernador de la isla de Wight; mi cu- » ñado Lungtengdon y Pembrock mandan » en el pais de Gales. Con Bedford dispongo » de los puritanos y de sus intereses, tan » poderosos en todas las sediciones. Mi her- » mano de Warwick es tan poderoso como » yo: sir Owen Hopton me es adicto; es go- » bernador de la torre de Londres, y allí

» está depositado el tesoro público. Mi padre
 » y mi abuelo no hubieran muerto en un pa-
 » úbulo, si hubiesen combinado así sus em-
 » presas. — ¿Por que me miras tan triste,
 » Varney? Un árbol que tiene tan profundas
 » raíces puede resistir fácilmente á la tem-
 » pestad. »

— ¡Ah! milord, dijo Varney manifestando un profundo dolor y tristeza.

— ¡Ah! repitió Leicester, ¿y á que viene ese ¡ah! sir Ricardo? ¿Que! ¿vuestra nueva dignidad no os inspira otra exclamacion mas animosa, cuando va á comenzarse una lucha tan noble? Si ese ¡ah! quiere decir que deseais evitar el combate, no teneis que hacer mas que salir del castillo, y reuniros tambien, si os acomoda, á mis enemigos.

— No, respondió el confidente, Varney sabrá combatir y morir á vuestro lado. Perdonad si me tomo la libertad de deciros que veo, mejor que lo que os permite ver á vos mismo la nobleza de vuestro corazon, los obstáculos insuperables de que os veis rodeado. Sois fuerte, señor, y poderoso; pero, seame lícito decirlo sin ofenderos, solo os hace tal el favor de la reina. Miéntras seais el privado de Isabel, tendréis, escepto el nombre, todos los derechos de un soberano; pero si llega á retiraros el favor, todos en-

tónces os abandonarán. Si os declarais contra la reina, no solamente os veréis solo en medio de este país y esta provincia, aun en vuestro propio castillo, en medio de vuestros vasallos, de vuestros parientes y de vuestros amigos, seréis hecho prisionero, y juzgado inmediatamente, si así lo ordenase su magestad. Acordaos de Norfolk, milord, del poderoso Northumberland, del magnífico Westmoreland. ¿Que es de todos aquellos que han querido resistir á esta sabia princesa? todos han muerto, ó se hallan presos ó espatriados. No es su trono como otros muchos que pueden derribarse con una simple conspiracion; son las bases en que se apoya el amor y el afecto de los pueblos. Este amor y este afecto de los pueblos podeis obtenerlos al mismo tiempo que Isabel, si quereis; pero os seria imposible, como á todos los demas, destruirlos ó abatirlos.

Calló entónces, y Leicester arrojó la pluma con desaliento y despecho.

— Haré lo que tú dices, añadió; y en resumidas cuentas me importa poco que ese lenguaje te sea dictado por la verdad ó la cobardía, pero no se dirá que he caido sin hacer resistencia. Vete á dar orden á los vasallos que han servido bajo mis órdenes en Irlanda, de reunirse uno á uno en el punto que les

señales; que mis gentileshombres y mis amigos esten prontos, como si se aguardase un ataque de parte de las gentes de Sussex: siembra algunos rumores entre el pueblo; que tomen las armas los paisanos, y esten prontos, si se les da una señal, á apoderarse de los soldados que componen la guardia de la reina.

— Permittedme que os recuerde, señor, dijo Varney, que me dais orden de disponer lo necesario para desarmar la guardia de la reina, y que ese es un acto de traicion; sin embargo seréis obedecido.

— Nada me importa, dijo Leicester, estoy desesperado, nada me importa: de un lado mi ruina es segura, del otro mi oprobio inevitable, y es preciso escoger.

Hubo aquí otro corto silencio, y volvió despues á hablar Varney:

— Hemos llegado ya al punto que hace mucho tiempo me estaba yo temiendo. Me veo forzado á ser un espectador cobarde de la caida del mejor de los amos, ó á descubrir lo que hubiera deseado ver sepultado en un eterno olvido, ó al menos descubierto por otra boca que la mia.

— ¿Que dices? ¿que es lo que quieres decir? respondió el conde; no gastemos el tiempo en palabras, cuando es necesario obrar.

— Lo que tengo que decir será dicho muy

luego, milord. ¡Ojalá fuese tan corta vuestra respuesta! Vuestro casamiento es la causa única de nuestro rompimiento con la reina: ¿no es cierto, milord?

— Bien lo sabes tú, respondió Leicester; ¿á que viene tan inútil pregunta?

— Perdon, milord, me esplicaré: hay hombres que sacrificarian su fortuna y su vida por un precioso diamante, pero ¿no seria prudencia examinar bien si el diamante tiene ó no algun defecto?

— ¿Que quieres decir con eso? respondió Leicester mirando con ceño á su confidente: ¿á quien haces alusion?

— A la... á la condesa Amy, milord: me veo obligado á hablar de ella por mi desgracia. Sí, hablaré, aunque pague vuestra señoría mi celo con la muerte.

— Podrás tal vez recibirla de mi mano, dijo el conde; pero habla, que ya te escucho.

— Pues bien, señor, me revestiré de valor. Hablo por mi propia vida tanto como por los intereses de mi señor. Jamas he aprobado las sordas intrigas de esa dama con Edmundo Tresilian. Ya le conoceis, milord; sabeis que desde luego habia sabido inspirarla cierto interes que vuestra señoría ha superado no sin alguna dificultad; habeis visto con que vivacidad ha sostenido contra mí los intereses

de la condesa. Su objeto era sin duda obligar á vuestra señoría á confesar públicamente el casamiento que llamaré siempre desgraciado, y es esta confesion puntualmente lo que quisiera obtener milady á toda costa.

Leicester escuchó estas palabras con una sonrisa forzada.

— Tu intencion, mi buen Ricardo, es la de sacrificar tu honor y aun el de otra persona para sacarme de lo que miras como un mal paso; pero no echés en olvido, y pronunció estas palabras con sequedad y resolucion, que estás hablando de la condesa de Leicester.

— Ya lo sé, dijo Varney, pero hablo tambien segun el interes del conde de Leicester; apénas he empezado lo que queria decir. Creo firmísimamente que Tresilian ha estado, desde sus primeros pasos en este asunto, de acuerdo con la condesa.

— Dices los desatinos, Varney, con la misma frescura que un padre predicador las mayores verdades; pero ¿donde y como se han podido poner los dos de acuerdo?

— Milord, dijo Varney, por desgracia puedo esplicaroslo mejor que nadie. Algunos momentos ántes que se presentase á la reina el memorial de Tresilian, le encontré, no sin la mayor sorpresa, en la puerta secreta del parque de Cumnor.

— ¡Le has encontrado, miserable! ¿y no le has dejado muerto á tus piés? dijo Leicester.

— Cerrámos ámbos uno contra otro; pero si no se me hubiese deslizado el pié, quizá vuestra señoría no le hubiera vuelto á ver jamas.

Leicester quedó absorto, y dijo despues:

— ¿Que prueba tienes, Varney, de lo que acabas de decirme? pues, como el castigo seria terrible, quiero examinar friamente y con circunspeccion.... ¡Dios de mi vida!.... pero no, quiero examinar friamente y con circunspeccion: repitió muchas veces estas palabras, buscando en ellas el medio de tranquilizarse. Y mordiendose luego los labios, y temiendo se le escapase alguna espresion indiscreta, añadió: ¿Que otras pruebas tienes?

— ¡Ah! demasiadas tengo, milord, dijo Varney. Hubiera querido tenerlas yo solo, porque las hubiera sepultado en un eterno olvido; pero mi criado, Miguel Lambourne, ha sido testigo de todo, y puntualmente ha sido él quien facilitó á Tresilian la entrada en Cumnor. Por eso le he recibido en mi servicio, y le he conservado desde entónces, aunque es un gran bribon, para poder traerle á raya.

Demostró en seguida á Leicester cuan fácil

seria probar lo mismo con el testimonio de Antonio Foster, corroborado por el de diferentes personas que habian visto á Lambourne y á Tresilian salir juntos. En toda su relacion Varney nada dijo que no fuese cierto, pero con sus indirectas dejaba suponer á su amo que la conversacion que habia tenido Tresilian con Amy habia sido mas larga de lo que fué efectivamente.

— ¿Y por que no me lo habeis dicho? dijo Leicester; ¿por que todos vosotros, pero tú especialmente, Varney, me habeis ocultado esas circunstancias?

— Porque nos dijo la condesa, respondió Varney, que Tresilian se habia introducido en su habitacion sin su anuencia; de que inferí que nada habia allí de reprehensible, y que ella misma hablaria acerca de eso á vuestra señoría pasado algun tiempo. Milord no ignora con que repugnancia damos oidos á las sospechas dirigidas contra aquellas personas que nos son queridas; y gracias á Dios, no soy chismoso, ni delator, para deleitarme en esparcir las.

— Sí, pero es vm. demasiado ligero en creerlas, señor Ricardo, respondió Leicester. ¿Como sabe vm. que semejante conversacion ha sido tan culpable cual me da vm. á entender? Me parece que la esposa del conde

de Leicester puede conversar algun rato con un hombre como Tresilian, sin que resulte de ahí ni un ultraje para mí, ni una sospecha contra ella.

— Sin duda alguna, monseñor, dijo Varney, y si no lo hubiese pensado así, seguro está que hubiera yo guardado tanto tiempo tal secreto. Pero he aquí lo que hace creer lo contrario. Tresilian estableció una correspondencia con un pobre diablo, el posadero del *Oso negro* en Cumnor, queriendo facilitar la evasion de la dama. Envió con este objeto á uno de sus emisarios, que espero poner pronto á la sombra en la torre de Mervyn; Killegren y Lambsbey van dandole caza. El posadero recibió un anillo en pago de su discrecion. Vuestra señoría le habrá visto en poder de Tresilian. Aquí está. Su agente, fingiendose tendero ambulante, logró tener conferencias con la condesa, y se escaparon despues durante la noche. Robaron un caballo á un pobre tonto que encontraron en el camino, tal era la prisa que se daban en su fuga criminal; y al fin llegaron al castillo en el cual la condesa halló un asilo.... No me atrevo á decir en donde....

— Habla, te lo ordeno, dijo Leicester; habla, mientras conservo bastante paciencia para escucharte.

— Puesto que vm. lo desea saber, respondió Varney, la condesa se fué al momento á la habitacion de Tresilian, en donde estuvo muchas horas, ya sola, ya con él; he dicho á vm. que Tresilian tenia una querida en su cuarto. Yo no podia creer de ninguna de las maneras que esta querida fuese....

— Amy, vas á decir, respondió Leicester; pero es una impostura tan negra como el mismo infierno. Que me digan que es ambiciosa, ligera, impaciente, lo creeré, es muger. Pero; serme infiel! jamas, jamas. ¡ La prueba, la prueba de lo que dices! añadió.

— Carol la condujo ayer despues del medio dia por su órden: Lambourne y el carcelero de la torre la han encontrado esta mañana muy temprano.

— ¿Y Tresilian estaba con ella? dijo Leicester.

— No, milord. Vm. sabe, respondió Varney, que ha estado esta noche guardado por Blount.

— ¿Carol y los demas criados sabian quien era? preguntó Leicester.

— No, monseñor, respondió Varney, Carol y Lorenzo Staples jamas habian visto á la condesa, y Lambourne no la ha reconocido por estar disfrazada; pero, al querer oponerse á su huida del cuarto, se han apoderado

de uno de sus guantes, que monseñor podrá reconocer sin duda.

Entregó á Leicester el guante, en que estaban bordadas con perlas las armas del conde.

— Sí, le reconozco, dijo Leicester, yo se los he dado; el otro le tenia en el brazo que hoy mismo ha estendido sobre mi cuello para abrazarme: pronunció estas palabras muy agitado.

— Monseñor, dijo Varney, podrá informarse de la condesa misma acerca de la verdad de cuanto he dicho.

— No es necesario, no es necesario, dijo el conde devorado por los mas crueles tormentos. Está escrita ante mis ojos con caracteres bien claros. Veo su infamia, no puedo negar la evidencia. ¡ Dios todopoderoso! ¡ iba á esponer por esa vil criatura la vida de tantos amigos nobles, derribar un trono, saquear á sangre y fuego un reino pacífico, combatir á la soberana á cuya generosidad debo cuanto tengo y valgo, y que sin este horrible casamiento me hubiera elevado al rango mas alto que puede un hombre esperar! y todo eso por una muger que se liga con mis mayores enemigos. ¿ Por que no me has hablado mas á tiempo, miserable?

— Monseñor, dijo Varney, una sola lágrima de la condesa hubiera podido borrar

cuanto yo hubiese dicho, y tampoco he sabido yo todo esto hasta esta mañana, cuando la llegada repentina de Antonio Foster, y lo que le ha confesado el posadero de Cumnor, Gosling, me han hecho ver de que modo se habia escapado, y otras averiguaciones me han instruido acerca de lo que ha venido á hacer aquí.

— ¡Bendito sea Dios que me hace abrir de tal modo los ojos! Es tan clara la evidencia, que no hay hombre en Inglaterra que pueda tachar mi venganza de injusta ó precipitada. Y sin embargo, Varney, ¡tan jóven, tan bella, tan cariñosa..... y tan pérfida! De ahí proviene ese odio que ha concebido contra tí, mi fiel y querido servidor. Aborrece al que desbarataba sus amoríos, logrando casi inmolar á su infame seductor.

— Jamas la he dado ningun otro motivo, milord; pero ella sabia que procuraba yo disminuir con mis consejos la influencia que tiene sobre vm., y que estaba dispuesto siempre á esponer mi vida contra todos sus enemigos.

— Sí, lo reconozco, dijo Leicester, y siu embargo ¿con que magnanimidad me exhortaba á poner mi cabeza á la disposicion de la reina, en vez de cubrirme por mas tiempo con un velo impostor? Me parece que el mismo ángel de la verdad, si bajara del cielo, no podria

hablar con un acento mas persuasivo. ¿Es posible, Varney? ¿Puede la impostura imitar tan perfectamente el language sublime de la verdad? ¿Puede la infamia cubrirse de tal modo con la máscara de la virtud? Varney, me has servido desde mi infancia, me debes tu fortuna, puedo elevarte mas todavía; reflexiona con madurez. Has tenido siempre un ingenio sutil y agudo. ¿No podrá Amy estar inocente? Procura probarmelo, y todo cuanto he hecho por tí no es nada, no, no es nada en comparacion de la recompensa que debes esperar.

La cruel angustia con que pronunció estas palabras produjo algun efecto en el corazon empedernido de Varney, que, en medio de los horribles proyectos de su ambicion, amaba efectivamente á su amo, si es capaz un corazon como el suyo de amar; pero al momento se afirmó en sus ideas, y acalló los remordimientos reflexionando que, si causaba á Leicester un dolor pasajero, era para allanarle el camino del trono, en que Isabel le sentaria junto á sí, roto que fuese el casamiento clandestino. Perseveró pues en su infernal política, y en habiendo reflexionado un momento, respondió á la pregunta inquieta del conde con una mirada mustia, dando á entender que buscaba en vano los medios de dis-

culpar á Amy. Levantando luego la cabeza, dijo con una espresion de esperanza que al punto se comunicó al semblante de su amo: — Sin embargo, si estuviese culpada, no se hubiera atrevido á venir aquí, y habria mas bien preferido la casa de su padre, ó alguna otra. Aunque es verdad que este paso está de acuerdo con el deseo que siempre ha tenido de ser reconocida públicamente como condesa de Leicester.

— Es verdad, es mucha verdad, dijo Leicester, pues su esperanza pasajera habia cedido ya á los sentimientos mas sombríos. Tú no lees, como yo, lo que está escrito en el corazon de una muger; Varney, yo lo adivino todo. No quiere renunciar ni el título ni el rango del infeliz que se ha unido á ella; y si en medio de mi delirio hubiese yo levantado el estandarte de la rebelion, ó si la cólera de la reina hubiese caido sobre mi cabeza, segun me ha amenazado esta mañana, lo que asignaria la ley á la condesa de Leicester seria una buena herencia para el pobre Tresilian. Asi es que me escitaba ella á despreciar un peligro que de todos modos le seria útil. ¡Ah! no me hables en favor suyo, Varney: perecerá.

— Monseñor, respondió Varney, el exceso de vuestro dolor resalta en el furor de vuestras palabras.

— Te digo que no me vuelvas á hablar en su favor, respondió Leicester; me ha deshonrado, me ha querido asesinar; ningun lazo nos une ya; morirá como una esposa pérfida, adúltera, culpable delante de Dios y de los hombres. ¿Que cajita es esta, que me ha entregado un niño para que se la llevase á Tresilian, no pudiendo llevarsela á la condesa? ¡Dios mio! me sorprendieron estas palabras al oirlas, aunque pensaba en otros asuntos, y ahora empiezan á atormentar mi memoria. Veamos que es lo que contiene la cajita. Abrela, Varney, fuerzala con la punta de tu puñal.

Un día no quiso servirse de mi espada para cortar el lazo que cerraba una carta, decia entre sí mismo Varney al sacar el puñal; este acero va á influir mas sin duda en su destino.

Al hacer estas reflexiones, se sirvió de su puñal triangular, y consiguió abrir la cajita. Apenas la vió abierta el conde, la cogió de las manos de Varney, arrancó la tapa, y sacando las joyas que encerraba, las arrojó al suelo lleno de ira, y sus ojos buscaban con ansia alguna carta ó billete que le probase con mayor evidencia los crímenes imaginarios de la condesa. Pisando despues los diamantes esparcidos en su derredor, exclamó:

— Asi es como aniquilo yo las miserables joyas por las que has vendido tu cuerpo y tu alma, has corrido á una muerte prematura, y me has llenado de desesperacion y remordimientos eternos. No me hables de perdón, Varney, está pronunciada su sentencia. Y repitiendo estas palabras, salió corriendo del cuarto, y se encerró en un gabinete que estaba allí cerca.

Varney le siguió con la vista, y un sentimiento menos inhumano moderó su sonrisa ordinaria.

— Temo su debilidad, decia, está con estos amores hecho un niño. Arroja y pisotea los diamantes. Del mismo modo despedazará la joya, mas frágil aun, que habia amado hasta ahora con tal pasion. Pero su furor cesará cuando el objeto que le causa no exista ya: no sabe dar á las cosas su verdadero precio; este es un don que ha reservado la naturaleza para Varney. Cuando Leicester llegue á ser rey, se acordará del huracan de las pasiones á pesar de las cuales ha llegado al trono, del mismo modo que el marinero, cuando llega al puerto, se acuerda de los peligros que ha pasado durante la navegacion. Pero no conviene que estos objetos se queden aquí como testigos de su cólera; son despojos muy ricos para los bribones que barren el cuarto.

Miéntas estaba ocupado Varney en recogerlos para ponerlos en un armario dentro de un cajoncito secreto, la puerta del gabinete en que estaba Leicester se abrió, y sacó la cabeza por entre las cortinas. Pero era tal el abatimiento de sus ojos y la palidez de sus labios y sus mejillas, que Varney quedó pasmado de ver semejante alteracion en el semblante de su amo. Apenas encontraron sus ojos los de Leicester, bajó este la cabeza, y volvió á cerrar la puerta del gabinete. Dos veces se mostró Leicester de la misma manera sin hablar palabra, y empezaba á creer Varney que tenia trastornada la cabeza. Sin embargo la tercera vez le hizo una seña Leicester, y Varney se acercó. Vió al entrar, que la turbacion de su amo no era efecto de un delirio, sino del proyecto bárbaro que meditaba, y de la lucha de sus pasiones. Pasaron una hora entera en gran consulta: vistióse el conde de prisa, y fué á ver á la reina.